



Tabula Rasa

ISSN: 1794-2489

info@revistatabularasa.org

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
Colombia

Aponte García, Gloria

Paisaje e identidad cultural

Tabula Rasa, núm. 1, enero-diciembre, 2003, pp. 153-164

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600107>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PAISAJE E IDENTIDAD CULTURAL

GLORIA APONTE GARCÍA
Facultad de Arquitectura e Ingeniería
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca
ecotono@007mundo.com

Artículo de Reflexión Recibido: junio 15 de 2003 Aceptado: octubre 7 de 2003

Resumen

Ante el importante papel del paisaje, como formador de nuestro carácter, alimento del espíritu y estímulo a la creatividad, el cual no ha sido reconocido aún en nuestro medio, es oportuno un aporte a la consolidación de la identidad cultural en nuestro país desde las disciplinas comprometidas con el diseño paisajístico. En el presente artículo se recogen y revisan referencias e inquietudes, de diversos autores entre los que cabe destacar a los nacionales y se plantea la pertinencia de continuar trabajando sobre el tema. Como conclusión, se esbozan algunas actividades a emprender sobre la relación «paisaje e identidad cultural».

Palabras clave: Paisaje, cultura, identidad, percepción, lugar, diseño.

Abstract

In view of the important role of landscape in the formation of our character, spirit, and stimulus to creativity, which has not yet been recognized in our field, a contribution to the consolidation of the cultural identity in our country is called for from disciplines concerned with landscape design. In this article we collect and go through references and concerns of various authors, especially Colombians, and we stress the need to continue working on this subject. As a conclusion, some possible activities are outlined about the relation “landscape and cultural identity”.

Key words: Landscape, culture, identity, perception, place, design.

El ser humano es, en general, un desprevenido perceptor del paisaje. Es decir, un involuntario receptor de los múltiples y variados estímulos provenientes del lugar que habita. No obstante, es precisamente aquello que penetra al espíritu sin pasar por la razón, tocando las fibras más sensibles de los sentidos, lo que puede lograr ese nexo aparentemente inexplicable entre el individuo y su espacio vital; aquel que llamamos *identidad*.

Dice Garret Eckbo¹

...buscamos dos valores en cada paisaje, uno la expresión de las calidades inherentes, nativas del paisaje, la otra el desarrollo de la máxima vitalidad humana.

La identidad del paisaje natural en sí mismo reside en la coherencia de sus elementos sabiamente entretejidos por la naturaleza. La identidad del paisaje cultural es más compleja, pues se construye no solamente con la relación de elementos entre sí, sino primordialmente con la manera como los efectos de la acción humana se superponen o entrelazan con el medio primigenio.

¹ Arquitecto Paisajista estadounidense, autor de *El paisaje que vemos* (1969).

La primera idea se refiere a *identidades per se*, que es lo mismo que señala Eckbo como el primer valor. Mientras que en la segunda, y como una de las expresiones de vitalidad humana, se incluye la *identidad-nexo*, es decir, la relación espontánea de las personas con su entorno. Una relación tan estrecha que, aún sin afecto evidente, la mayoría de las veces marca de manera indeleble el alma de los seres humanos.

Caballero Calderón ilustra claramente este hecho cuando dice: «La sencillez de las costumbres, la melancolía que se transparenta en los cantos, el amor celoso de la libertad, el culto por el valor personal y hasta la nostalgia que se apodera de unos y otros, lejos de sus pampas y sus llanos, son comunes a gauchos y llaneros» (Caballero Calderón, 1943: 199). Se resalta así la semejanza psicológica entre dos grupos humanos —tan desconocidos los unos de los otros, tan distantes geográficamente y racialmente tan distintos—, atribuyéndola explícita y sintéticamente «al paisaje horizontal» que unos y otros habitan.

Es decir, el paisaje forma al individuo, define el carácter de quienes cotidiana e ineludiblemente lo perciben, lo cual es válido no solo en relación con el paisaje natural, sino también con el paisaje construido, ya que primero las personas construyen la ciudad y los edificios; luego la ciudad construye a las personas, vale

decir, determina su manera de pensar, sentir y actuar (Corraliza, 2002). Para enlazar los dos escenarios, natural y ciudadano, viene muy a propósito la afirmación del geógrafo paisajista británico Jay Appleton: «El paisaje es lo que la gente hace de su entorno después de que la naturaleza lo ha puesto en sus manos» (1986: 9).

Sobre un paisaje natural que inicialmente ha modelado el carácter de su gente, ésta interviene, modifica y recompone el lugar con la materialización de una amalgama de necesidades, aspiraciones, anhelos y experiencias propias y ajenas, en una composición aleatoria cuya nueva fisonomía, o mejor, cuyo nuevo paisaje moldeará el carácter de la siguiente generación. Betancur y Sarmiento (1996) lo sintetizan de la siguiente manera: «El ser humano es cultura. El individuo y el colectivo humano crean y recrean la cultura que los produce y reproduce abierta, diversa y continuamente». En esta «producción y reproducción» del individuo y del colectivo, el paisaje tiene una importancia fundamental aún no completamente reconocida.

Teniendo en cuenta que el paisaje es un compuesto en donde tiene cabida un amplio rango de elementos heterogéneos, vivos e inertes, naturales y antrópicos, es más dinámico y, a la vez, más vulnerable que otros «objetos de identidad» como la música, la arquitectura o la literatura. Por otra parte, su variabilidad se acrecienta en razón de su dependencia de la percepción humana, que es a la vez diversa y circunstancial.

Nuestra sociedad de hoy, particularmente la urbana —usuario por excelencia del paisaje cultural—, parece asumir que el paisaje armónico ocurre por sí mismo, sin esfuerzo humano, y que el paisaje debe permanecer gratuitamente, sobreponiéndose a los efectos negativos, progresivos, acumulativos y generalizados de la actividad cotidiana. Al no ser así, y ante la ausencia de preocupación por su calidad, el paisaje se va deteriorando a extremos casi irreversibles, en parte como manifestación directa de desórdenes ambientales subyacentes y en otra buena parte por el debilitamiento de su debido vínculo y fusión con las bondades del territorio.

En el proceso de formación del individuo en el que el paisaje tiene papel fundamental, se adquiere la costumbre de convivir con lo inconveniente, lo desagradable y lo incómodo. Paulatinamente, se llega a acostumbrarse a paisajes de baja calidad, transmisores de mensajes perjudiciales o mudos cuando menos; sin valorar el efecto de su reiteración sobre el espíritu y sobre las actitudes humanas, con la idea totalmente equivocada de que la armonía y la belleza del entorno son cuestión superflua y de que el requerimiento de arraigo a lo propio es capricho de soñadores.

Vemos desaparecer de nuestro espacio vivencial objetos, hechos e imágenes que apreciábamos en etapas anteriores de nuestras vidas o que nos proporcionaron alegría y les dieron sabor y albergue a momentos importantes de nuestra evolución. Aceptamos y nos resignamos a estas pérdidas, con el espejismo del desarrollo. Pues, según se dice, somos un país «en desarrollo», de manera que parecemos a los llamados «desarrollados» seguramente justifica la imitación, sin importar que la similitud se entienda solamente en lo superficial y sus resultados no sean lo más conveniente para el alma del pueblo ni para alimentar su identidad.

En la medida de la valoración subconsciente que les otorga, el ser humano establece grados variables de compenetración con sus entornos natural y cultural; como consecuencia, la identidad con el paisaje que habita será estrecha o no, duradera y firme o fácilmente perecedera. Casos de identidades profundas con el paisaje gradualmente culturizado son, a manera de ejemplo, las de los pueblos japonés e inglés, entre otros.

América Latina constituye un caso particular en este sentido, ya que la relación ser humano-entorno como también el medio natural sufrieron, por primera vez hace cientos de años, los traumatismos de la colonización ibérica, y así, al haberse debilitado la identidad primitiva, el territorio y el pueblo han sido más vulnerables y susceptibles a dar la bienvenida a influencias foráneas de uno y otro lado, de una y otra condición, a la manera de nuevas colonizaciones, menos violentas sí, pero no menos contundentes.

Enajenados de nuestro propio contexto vital nos sumergimos en otro que no nos pertenece, a costa de nuestra reafirmación cultural, ya que no nos representa, ya que en él no nos reconocemos (Gómez , 2002: 22).

Al respecto dice María Eugenia Corvalán, refiriéndose a América en general, que aprendimos a negar nuestra historia porque no tenía lugar dentro de la historia de Europa y, por ello, aprendimos a despreciar todas aquellas manifestaciones propias y a reconstruir nuestras sociedades bajo los principios europeos sin haber alcanzado a asimilarlos. Y concluye afirmando que el aspecto más dramático de nuestra historia es haber aprendido a negarnos y a subestimarnos como cultura y como civilización (Corvalán, 1999).

Como resultado reciente, para hoy hemos admitido ya la estandarización de nuestros lugares, copiando modelos, desdibujando nuestro propio paisaje y perdiendo la oportunidad de inspiración en nuestra propia geografía. Ya no resulta tan válida, o por lo menos no lo es ampliamente, la afirmación de Caballero Calderón en el

sentido de que «detrás del alma del suramericano, de sus ciudades y sus pueblos, está siempre el paisaje²».

Colombia posee tal riqueza y variedad geográfica que no es posible aprehenderla bajo un denominador común o encontrar el rasgo más sobresaliente de sus variadas expresiones morfológicas para definirla como una unidad en términos del paisaje natural. Esto lo sabemos desde los primeros años escolares y lo observamos desprevenidamente al repasar el territorio nacional. Conocemos y repetimos cómo cada una de sus regiones —Andes, Caribe, Llanos, Amazonía, etc.— tiene su propia «personalidad»; corroboramos que esa magia no deja de sorprendernos cada vez que tenemos la oportunidad de repetir la experiencia de observarla, o mejor, cuando se da la oportunidad de vivenciarla.

² Entendido aquí como paisaje natural y geografía exuberante.

Cada uno de los ambientes mencionados, entre muchos otros, tiene individualmente tal fuerza y carácter que sin lugar a dudas sus influencias en las personas que los habitan son determinantes en el afianzamiento de marcadas diferencias —o similitudes como la aludida arriba de Caballero Calderón— en la cultura y en la identidad regionales.

Si a esto se suman la mezcla de razas y la intrincada red de mestizaje, así como el diverso grado de susceptibilidad a las influencias externas, es claro que la identidad colombiana es múltiple y variada en todos los sentidos y, muy particularmente, con respecto al paisaje.

De las diversas reflexiones de los indígenas americanos precolombinos sobre el origen del universo, surge su pensamiento ético: *alcanzar el equilibrio entre el hombre y su entorno* (Corvalán, 1999). Pero esta herencia de pensamiento fue diluyéndose

³ Arquitecto paisajista. Cofundador de la Especialización en Paisajismo en la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

con el tiempo, con el bombardeo consentido y con la aspiración por «lo extranjero». Bien apunta Harold Borrero³: «Los colombianos sólo somos felices en donde no estamos».

En los casos de culturas milenarias y sólidas, la tarea de hoy es mantenerse afirmando y protegiendo la identidad para así garantizar su permanencia. En el caso de la cultura colombiana, puede decirse que la tarea es reconstruirla, perfilarla y desarrollarla a partir de rasgos profundos y valiosos cuya esencia habrá que continuar desentrañando para preservar. «Debemos iniciar la travesía histórica de centración y recuperación de nuestra identidad individual y colectiva, en la búsqueda de la huella perdida, del camino de retorno a nuestra condición y pertenencia natural» (Gómez, 2002: 15).

A Bogotá no le conviene continuar imponiendo sobre su realidad natural los modelos extranjeros y extranjerizantes que le han invadido de tiempo atrás y de manera acentuada, desabrida y monótona en los últimos años, no sólo por su propia e individual conveniencia sino —y principalmente— por la responsabilidad de liderazgo que como paradigma le han atribuido las demás capitales y poblaciones del país. Los municipios colombianos no pueden continuar copiando de Bogotá cada vez que disponen de algún presupuesto para mejorar su imagen, incluso a costa de nuevas mutilaciones a su ya disminuida identidad, sin detenerse a pensar si los modelos formales prestados que la capital ostenta le convienen a la naturaleza de sus territorios y al alma de sus pobladores.

En tales circunstancias, resulta cada vez más clara y urgente la necesidad de prestarle atención y asignarle esfuerzos al cuidado del paisaje. Esto implica un proceso a través de un amplio rango de acciones tales como conocimiento, comprensión, valoración, conservación, preservación, planificación, diseño, mantenimiento, salvaguarda o restauración. Todo lo anterior con el objetivo final de mantener el paisaje en cierto orden, es decir, en un estado en el que los innumerables elementos que lo componen permanezcan equilibrada y armónicamente relacionados, pero, muy especialmente, que las intervenciones se apoyen en el lugar natural y armonicen al punto de confundirse con él.

La percepción, la apreciación, el análisis y el conocimiento de la naturaleza de los lugares juegan papeles fundamentales en la concreción de una identidad, pues es necesario conocer y comprender el propio entorno para apropiárselo y finalmente llegar a identificarse con él.

Percibir el paisaje

Existen múltiples definiciones de «paisaje», de diverso origen y propósito, cuyo análisis merecería extensas consideraciones que no se van a acometer en este escrito.

⁴ La referencia completa del texto citado es: Francisco Díaz Pineda, *et al.* 1973. *Terrestrial ecosystems adjacent to large reservoirs*. XI Congress.

Entre dichas definiciones, tal vez la que mejor se ajusta al tema en desarrollo es la siguiente: «El paisaje es la percepción plurisensorial de un sistema de relaciones ecológicas» (Díaz Pineda *et al.*, 1973 citado en González B., 1981)⁴. Podemos decir, de manera más sencilla, que *la noción de paisaje se genera a partir de la percepción sensorial del lugar.*

El lugar, descrito por David Canter, se define como la superposición integrada de concepciones, actividades y atributos físicos (Ver Figura 1). Al respecto, es pertinente anotar que, desde el punto de vista paisajístico, entendemos «atributos

físicos» no sólo como el espacio geográfico o urbano, sino como la manifestación tangible, o mejor, perceptible, tanto de las concepciones como de las actividades.



Figura 1. Una metáfora visual de la naturaleza de los lugares

Fuente: Canter, David. 1987. *Psicología de lugar*. México: Editorial Concepto S.A. Pp. 205

Es este el momento apropiado para lanzar una hipótesis de relación de los componentes del lugar, establecidos por Canter, con las partes del cerebro en que cada uno de ellos puede ubicarse —hipótesis que, claro está, deberá pasar por el filtro y eventual validación por parte de profesionales idóneos en la materia—.

De acuerdo con W. de Gregori (2002), al analizar la formación de los tres cerebros, es decir, el cultivo de los tres procesos mentales, en el lóbulo cerebral izquierdo se ubica la racionalidad, la teoría, el intelecto; en la parte central inferior, la práctica; y en el lóbulo derecho el arte, la lúdica. La ubicación de las «concepciones» en el espacio cerebral de la «teoría» es sencilla, así como apenas obvia la relación de las «actividades» con el espacio cerebral de la «práctica». Quedaría entonces el espacio cerebral de la «lúdica» para albergar a los «atributos físicos», es decir, a la manifestación tangible del *lugar*, en una palabra, al *paisaje*, convirtiéndolo en inspirador de manifestaciones estéticas y en buena parte responsable de la «emoción del yo» (Arciniegas, 1972).

Aceptar, en principio, la relación planteada aporta a la argumentación de la importancia de la armonía del paisaje en la formación del carácter del individuo, particularmente en sus primeros siete años de vida y, más adelante, al cultivo del cerebro, en especial a uno de los tres procesos mentales: el de las operaciones *intuitivo-sintéticas* (Gregori, 2002).

Retomando el tema de la identidad, se puede afirmar que el lugar natural, que percibido se convierte en paisaje natural, es lo más local y la riqueza más particularmente propia de que pueda disponer un conglomerado humano sedentario. Sin embargo, no es fácil rescatar tales rasgos característicos, pues el medio natural inicial se ha modificado tanto como consecuencia de un desarrollo carente de respeto hacia él, que ya es la mano humana, con o sin intención, la que ha creado el nuevo paisaje en el que hoy habitamos: «Profundos cambios en el significado del tiempo y del espacio nos condenan a habitar un mundo de representaciones cartesianas en el cual la vida se desliga de la naturaleza y de la sociedad» (Gómez, 2002: 16).

El paisaje, quiérase o no, está lleno de significados y, por lo mismo, posee un alto potencial de simbolismo. A manera de ejemplo, se encuentra este planteamiento de Fernando Montes Ruiz⁵: «Para los indígenas andinos, la naturaleza no es un objeto de la codicia humana, es un sujeto sagrado con el que se dialoga permanentemente».

Vale la pena preguntarse sobre el valor simbólico de nuestro paisaje cotidiano, sobre los significados a él asignados y en él percibidos. Es decir, preguntarse sobre qué concepción tenemos de nuestro paisaje habitual y cómo solemos percibirlo; esto como punto de partida en el recorrido hacia la búsqueda de identidad cultural a través del paisaje.

⁵ Psicólogo, investigador boliviano, especialista en la cultura aymara.

Comprender el paisaje

Contrario a lo que nuestra egocéntrica actitud de conocimiento nos dicta, nunca llegamos a descifrar las claves de un territorio, sino es el territorio y la dinámica oculta a nosotros lo que nos permite interactuar con él y algunas veces hasta creer que lo entendemos. (Gómez, 2002: 21).

Esta aseveración de Hernando Gómez indica cómo hay algo más allá del simple 2+2 en la relación del ser humano con los lugares; pero no debe desanimarnos en el intento. Seguramente no logremos comprender el paisaje en su plenitud, pero si no lo intentamos estaremos mucho más lejos de sus significados, de percibir y assimilar sus mensajes. «El paisaje general funciona como un gran sistema de memoria para la retención de la historia y de los ideales de un grupo» (Lynch, 1960 citado por Granada, 2002)⁶. Adicionalmente, los autores de temas relacionados con el paisaje hablan con frecuen-

⁶ La referencia completa del libro citado es: Kevin Lynch. 1960. *The image of the city*. The M.I.T. Press. Cambridge, Mass.

cia de las lecciones de geografía, historia y de muchas otras ciencias de las cuales el paisaje es maestro, si nos proponemos observarle y atenderle.

Aproximaciones como la geografía del paisaje o la ecología del paisaje, son bases científicas de gran ayuda para una aproximación paisajística a la relación «ser humano-entorno». Tal aproximación, desde el punto de vista verdaderamente paisajístico, va más allá de una acepción estadística, social o económica de satisfacción de necesidades físicas básicas, pues involucra muy particularmente las necesidades anímicas del ser humano que pueden ser satisfechas a través de esa relación. Es lo que Germán Arciniegas (1972) denomina «la emoción del yo», cuando junto con el espacio y el tiempo la propone como una de las tres dimensiones a través de las cuales se puede mirar la vida.

La aproximación al paisaje es posible desde diferentes escalas y parámetros, los cuales son interdependientes y muchas veces superpuestos, tal como da cuenta la siguiente tipología:

Según la cobertura espacial:

- Gran escala o paisaje símbolo del país o la región
- Paisaje territorial
- Paisaje local
- Paisaje cotidiano

Según una valoración temporal:

- Paisaje patrimonial
- Paisaje contemporáneo
- Paisaje testimonio de constante transformación
- Paisaje joven o paisaje maduro
- Paisaje efímero

Según el uso predominante:

- Paisaje silvestre
- Paisaje rural
- Paisaje urbano

Tal vez por una intuitiva evasión a los factores negativos que le aquejan, se nos ha atrofiado la capacidad de relación con el paisaje; no obstante, su presencia y calidad continúan influenciándonos. La misma negación a detenerse en su observación y al intento de comprenderlo es ya una respuesta a la naturaleza de sus estímulos.

De este modo, se dificulta la apreciación espontánea del paisaje. Aquella tendrá entonces que ser inducida a través de la educación y la formación. Consecuentemente, deben encaminarse esfuerzos hacia este objetivo, tanto en la pedagogía social como en la educación formal. Una alternativa en tal sentido es el establecimiento de un sistema o metodología de exploración, apreciación y valoración del potencial escénico del paisaje, de manera que se comparta y se difunda el valor identificador que éste posee como hecho real y como recurso proyectual. Simultáneamente habrá de convenirse un acuerdo entre todas las disciplinas del diseño en la búsqueda de un propósito común con aportes mutuos, encaminados a la definición del perfil de una *identidad*.

Diseñar el paisaje

Diseñar el paisaje es la más compleja y total de las artes.
(Jellicoe & Jellicoe, 1982)

Diseñar en pro de la calidad del paisaje equivale a aportar un grano de arena a la cultura, a través del mejoramiento del hábitat colectivo, a aportar al refuerzo de la identidad a través de la exploración y rescate de potencialidades aún sin aprovechar. Este trabajo compete, entre otros, a todos los campos del diseño, sin excepción, dentro del cual corresponde a cada uno su cuota de aporte para encadenar y resaltar muchos eslabones sueltos que indistintamente nos identifican o pueden identificarnos. Pero es a la disciplina del Diseño del Paisaje —también llamada Arquitectura del Paisaje—, a quien le corresponde la coordinación y el liderazgo de esta labor.

El paisaje, como ya se esbozó, está íntimamente ligado a la noción de cultura, por lo cual su diseño no es inocuo; contribuye a reafirmar o a desdibujar la cultura. El diseño del paisaje es una actitud permanente ante la vida. La materialización de esta manera de pensar se enmarca en múltiples parámetros que no por intangibles a primera vista son menos importantes o decisivos en la afirmación de una *identidad*. Dentro de esta, la observación del paisaje natural representa un potencial muy rico, como inspiración y lineamiento del diseño significativo y como aporte al incremento de la felicidad en los congéneres.

El objetivo final del proceso de conocimiento y apreciación es el fortalecimiento de una identidad. El objetivo disciplinar, enmarcado sin dudas en el objetivo final, es el logro de un diseño conciente, cargado de significación, cuyas expresiones y lenguajes no puedan ser indiferentes al pueblo que las vive, ya que de él habrían nacido, y al mismo tiempo le compenetren con la identidad *per se*, principalmente de su paisaje local y cotidiano. Esta realidad merece ser explorada en cualquier

lugar del planeta, pero más específicamente en aquellas regiones en las cuales la identidad cultural es débil, como es el caso de América Latina. Considerando *sui generis* el caso colombiano dentro de este contexto, dada su pluridiversidad físico-natural y humana, resulta de gran interés y urgencia estudiar el tema con respecto a este país.

Una propuesta sobre el tema

Como conclusión se propone promover una investigación conducente al desarrollo de un sistema o metodología de apreciación del paisaje, aplicable, en primera instancia, en la formación académica como parte del currículo de carreras comprometidas con el hábitat. Más adelante se puede acometer el desarrollo más preciso y detallado del mencionado sistema para hacerlo aplicable a las diversas regiones colombianas.

De manera preliminar se propone considerar las siguientes temáticas:

- 1) Revisión histórica de la actitud de las personas hacia el paisaje natural, a través de las diferentes épocas de la humanidad, buscando denominadores comunes y expresiones recurrentes.
- 2) Revisión de variables e invariables del paisaje según regiones del mundo. Similitudes, analogías, contrastes.
- 3) Análisis de la identidad *per se* de diversos tipos de paisaje —geomorfología, flora, calidades estéticas—.
- 4) Revisión de las formas de asimilación de las influencias foráneas en el diseño del paisaje, en el ámbito latinoamericano y colombiano.
- 5) Producción de directrices de diseño como conclusión y aplicación de resultados de los ítems anteriores.

De lo anterior, se desprenderían, entre otros, los siguientes resultados:

- 1) Un sistema de apreciación del paisaje, lo suficientemente flexible para permitir su interpretación y aplicación en diversos lugares del país.
- 2) Unas directrices de diseño, para el caso colombiano, tomando como punto de partida los rasgos básicos del paisaje natural y seleccionando rasgos del paisaje cultural.

Bibliografía

- Aponte, Gloria. 1990-1991. «El paisaje como óptimo recreador y valor paisajístico de la recreación». En *Revista Arquitectura del Paisaje*. 3 y 6. Sociedad Colombiana de Arquitectos Paisajistas. Bogotá D.C.
- Appleton, Jay. 1986. *The experience of landscape*. Hull University Press. Hull, UK.
- Arciniegas, Germán. 1972. *América, tierra firme*. Editorial Planeta. Bogotá.
- Betancur, Lucelena y Libardo Sarmiento. 1996. *Formas de producción, uso y consumo para la ciudad sostenible*. Fundación Hábitat Colombia. Bogotá D.C.
- Caballero Calderón, Eduardo. 1943. «El hombre y el paisaje en América». En *Revista de las Indias*. 53: 185-202. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá D.C..
- Canter, David. 1987. *Psicología de lugar*. Editorial Concepto S.A., México.
- Corraliza, José Antonio. 2002. «Vida urbana y experiencia social. Discusión sobre la calidad de los espacios urbanos». Universidad Autónoma de Madrid. <http://habitat.aq.upm.es>
- Corvalán, María Eugenia. 1999. *El pensamiento indígena en Europa*. Editorial Planeta. Bogotá D.C.
- Gómez, Hernando. 2002. *Lecturas de abordó*. Defensoría del Pueblo – Asdi. Bogotá D.C.
- González, Fernando. 1981. *Ecología y paisaje*. Editorial Blume. Madrid.
- Granada, Henry. 2002. *Psicología ambiental*. Ediciones Uninorte. Barranquilla.
- Gregori, W. de. 2002. *Construcción familiar-escolar de los tres cerebros*. Editorial Kimpres Ltda. Bogotá D.C.
- Jellicoe, Geoffrey y Susan Jellicoe. 1982. *The landscape of man*. Van Nostrand and Reynolds. New York.